

Salvemos al arte de sus entusiastas

La fruición ficticia, como es sabido, tiene que ver con la pérdida o enajenación de la dimensión auténtica de la contemplación de la obra de arte.

Sin más preámbulos, presentamos a continuación y sin orden jerárquico algunos ejemplos, comunes y extendidos, de experiencias estéticas aberrantes.

En primer lugar, la experiencia del burgués acomodado, con una ventajosa posición social e incluso titulación universitaria; verdadero experto en la armonía del diseño del último modelo de automóvil o de la sofisticada línea de un par de zapatos italianos (ambos de precio desorbitado)... el cual, tras su escapada terapéutica del fin de semana, decide visitar, de acuerdo con sus pretensiones culturales, la National Gallery, como preámbulo a la gloriosa pinta de Guinness en el conocido pub y el consabido (y delicioso) *roast beef* en un restaurante de moda. Ya en la pinacoteca contempla, con ruidosa admiración y abundancia de sabrosos comentarios, el cuadro de Holbein *Los embajadores*, ante la perplejidad y las risas sofocadas de propios y extraños. Es evidente que mirar no es por sí mismo ver y muchas degustaciones del arte sospechosamente felices no son más que inofensivas parodias y versiones raquílicas del gusto.

También deben ser incluidas entre las fruiciones ficticias las lecturas obligatorias que cualquier estudiante de Enseñanzas Medias sufre y ha sufrido en la asignatura de Lengua y Literatura. El ingenuo profesor, en un alarde de insólito autoengaño, prescribe al indefenso alumno, bajo pena de suspenso, la lectura completa de *La Celestina*, una de las obras capitales de las letras españolas. La consecuencia del vano intento de comprender los amores de Calisto y Melibea es, con toda probabilidad, la aversión perenne del frustrado lector, por desgracia demasiado joven, por todo lo que suene a obra clásica en cualquier lengua y especialmente en la suya.

Es significativo, pasando a otro asunto, el trasiego de los denominados "palcos de empresa", un recurso financiero que utilizan la mayoría de los teatros de ópera para recibir subvenciones privadas. Todo comienza con la llegada a la sede de la empresa de un grupo de potenciales clientes. El departamento de relaciones públicas pone casualmente a disposición de los interesados (en vez de enviarlos al Estadio de fútbol más próximo) un palco completo para asistir el estreno del *Don Carlo* de Verdi. Como las negociaciones no comienzan hasta el día siguiente, los ejecutivos, picados por la curiosidad de asistir a la *première*, deciden aceptar las entradas. Todo comienza según lo previsto, pero antes de finalizar el primer acto ya han tenido tiempo de arrepentirse, y lo que sigue hasta el anhelado final es una sinfonía de miradas cómplices, reniegos sofocados y grandes bostezos. Tras la cargante representación, tan sólo una opípara cena a cargo de la empresa podrá hacerles reconsiderar sus planteamientos comerciales. Un caso, poco analizado, de consumo aberrante apunta a ciertas prácticas

de la denominada "literatura infantil y juvenil": como la lectura rutinaria y casi religiosa en colegios (personal o a viva voz) de los edificantes y tediosos relatos del tipo "Juanito y los delfines", que consideran a los niños más infantiles de lo que son y de los que se zafan siempre que pueden a grandes trancos. También son insustanciales desde un punto de vista estético las novelas del tipo "Harry Potter y la banda de los cuatro", escritas para gente de más edad y basadas en el aumento permanente, página tras página, de la cantidad del estímulo, lo que las convierte en un objeto de consumo compulsivo (y adictivo), urgido de acontecimientos cada vez más inverosímiles y apabullantes. Otra variante especialmente maligna del género son las lecturas "resumidas, adaptadas o actualizadas" de los clásicos. ¿Quién no ha padecido en la adolescencia la inevitable edición, irremediabilmente echada a perder, del Conde de Montecristo o del Quijote?

Otro ejemplo de falsa degustación son las "vanguardias al límite", especializadas en expresiones oscuramente mercantiles de "lo último y nunca visto". Es el caso de un nutrido "equipo de trabajo", instalado en una granja de Australia, que se dedica a la cría artesanal de cerdos para pintar sobre sus cuerpos unas indefinibles formas plásticas que van desde motivos vegetales convencionales, *grafittis* de inofensivo signo ideológico, palmeras que se abren en un remedo de fuegos artificiales o dibujos esquemáticos que recuerdan las pinturas rupestres... entre otros símbolos representativos de la pureza y naturalidad de un "arte no contaminado" (hubiera sido preferible elegir otro soporte de la obra). Parece ser que la experiencia ha tenido éxito y los cerdos profusamente decorados son vendidos a buen precio a los incondicionales que aceptan las reglas de un juego tramposo cuya coartada (inaceptable en todos los casos) es el descubrimiento de nuevos materiales, la fugacidad de la creación artística, la utilidad del arte para la vida cotidiana o el retorno a un arte primigenio aligerado de todo bagaje cultural...

También forma parte de la categoría del consumo aberrante las galerías ultramodernas. El punto de partida que sostienen es la falacia programática de que es arte todo lo que un entorno especializado contiene y mantiene. Una conocida galería berlinesa presentó al público, no hace mucho, una habitación vacía completamente acristalada por el frente. Por un lateral se entra a un espacio rectangular de 15x15 metros de paredes esmaltadas en blanco-museo. La habitación ha sido rellena aleatoriamente por tierra y materiales naturales extraídos del Campo de Concentración de Mauthausen. Se sugiere a los espectadores que entren en el espacio escénico, pisen la tierra, la toquen y comenten entre sí sus sentimientos y reflexiones... Es una falsa experiencia estética en la que se busca el efecto fácil, establecido de antemano para el espectador, manipulado sin solución de escape salvo que se niegue a entrar en la habitación; una falsa experiencia construida a partir de una idea insolvente, ajena a cualquier constelación de imágenes o conceptos sobre el drama que sean asimilables al pensamiento creador.